



X

ITINERARIO DE PARIS A JERUSALEN

Y DE JERUSALEN A PARIS.

PRIMERA PARTE.

VIAJE A GRECIA.

Formado ya mi plan de la obra de los *Mártires*, y teniendo escrita la mayor parte de ella, antes de darla la última mano quise ver el país en que habia colocado la escena; porque si otros pueden sacar de sí mismos los materiales de sus composiciones, yo necesito buscarlos á costa de mucho trabajo. De consiguiente, las descripciones de aquellos parajes célebres que no se hallen en este Itinerario, deben buscarse en los *Mártires*.

ENTREGA 11.^a

Añadíase á esta otra razon, y era que un viaje á Oriente completaba los estudios que me habia propuesto hacer. En los desiertos de América habia contemplado los monumentos de la naturaleza, y entre los de los hombres no conocia aún mas que dos especies de antigüedades, la antigüedad céltica y la antigüedad romana, quedándome por recorrer las ruinas de Atenas, de Menfis y de Cartago. Quería tambien hacer mi peregrinacion á Jerusalem:

..... Qui de voto
Il gran Sepolcro adora, é scioglie il voto.

No dejará de estrañarse en el dia oir hablar de votos y de peregrinaciones; pero esto no me afrenta, y estoy dispuesto además, hace ya tiempo, á que se me incluya en el número de los débiles y supersticiosos. Acaso habré sido yo el último francés que haya salido de su patria para ir á viajar por la Tierra Santa, con el objeto, las ideas y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero si no he poseido las virtudes que brillaban en otro tiempo en los señores de Concy, de Nesles, de Chastillon y de Montfort, me queda al menos la fe. Esta señal me haria aún conocer entre los antiguos cruzados.

“Cuando quise partir y ponerme en camino, dice el señor de Joinville, envié á buscar al abad de Cheminon para reconciliarme á sus piés. El puso en mi mano el bordon é inmediatamente partí de Joinville, y ya no volví á entrar en el castillo hasta mi vuelta de ultramar. Y fuí el primero que viajó á los Santos Lugares á pié descalzo. Y cuando iba á pasar de Bleicourt á Saint-Urban, junto al castillo de Joinville, no me atreví á mirar á Joinville, por-

que temia concebir un muy grande sentimiento, y que se me enterneciese el corazon.”

Al dejar de nuevo mi patria el 13 de Julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Champagne; porque me creia extranjero en mi país, no dejando abandonado palacio ni cabaña.

Conocia ya el camino de Paris á Milan. Aquí tomé el de Venecia, observando en todas partes lo mismo que en el Milanesado, un terreno pantanoso, fértil y monótono. Detúveme un poco para ver los monumentos de Verona, Vicenza y Pádua, y el dia 23 llegué á Venecia, donde permanecí cinco dias para examinar los restos de su pasado poder, y algunos buenos cuadros del Tintorêto, Pablo Veronés y su hermano, del Bassan y del Ticiano. Costóme algun trabajo descubrir en una iglesia abandonada el sepulcro de este último pintor, como me habia sucedido en Roma con el del Tasso. Por lo demás, no me parecen mal colocadas en una ermita las cenizas de un poeta religioso y desgraciado: el cantor de la *Jerusalem* parece haberse refugiado á aquel desconocido sepulcro, como huyendo de la persecucion de los hombres; y mientras su nombre llena el mundo con su fama, él yace solitario y oscuro á la sombra del hermoso naranjo de San Onófre.

Salí de Venecia el dia 28, y me embarqué á las diez de la noche para pasar á tierra firme. El viento de Sudoeste soplabá bastante para hinchar las velas mas no para agitar el mar. A medida que la barca se iba alejando, veia yo perderse en el horizonte las luces de Venecia, y me parecian manchas sobre las olas las sombras de las innumerables islas que llenan aquellas aguas. Estas islas, en vez de estar cubiertas de fortalezas, se hallan ocupadas por las iglesias y monasterios. Al oir las campanas de los hospi-

cios y de los lazaretos, me ocurrían ideas de beneficencia y de sosiego en el seno mismo de los peligros y de las tempestades. Tanto nos acercamos á uno de aquellos retiros, que pudimos distinguir á los religiosos que miraban pasar nuestra góndola; parecíanme antiguos marineros que después de largos viajes habían logrado descansar en el puerto, y tal vez bendecían al viajero, acordándose de haber sido como él forasteros en tierra de Egipto: *Fuistis enim et vos advena in terra Ægypti.*

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y en seguida tomé la posta para Trieste: no me separé del camino para ver á Aquileya, pero no tuve curiosidad alguna de visitar la brecha por donde los godos y los hunos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. El día 29 á mediodía entré en Trieste: es una ciudad regularmente edificada al pié de una cordillera de montañas estériles, y no posee monumento alguno de antigüedad; su cielo es muy bello, y se diría que el último soplo de Italia viene á espirar en esta costa, donde comienza ya Berbería.

Mr. Seguiér, cónsul de Francia en Trieste, me hizo el obsequio de buscarme un buque, y hallándose uno que iba á dar la vela para Esmirna, me ajusté con el capitán, llevándome á bordo un criado, y con la condición de que al paso me dejaría en las costas de la Morea, debiendo yo atravesar por tierra el Peloponeso, aguardándome con el buque algunos días en la punta del Atica, pudiendo continuar su rumbo si acaso no me presentaba yo.

Dimos la vela el 1.º de Agosto á la una de la mañana, y al salir del puerto tuvimos los vientos contrarios. La Istria presentaba á lo largo del mar una tierra baja, apoyada en lo interior en una cordillera de montes. Colocado el Me-

diterráneo en el centro de los países civilizados, cubierto de hermosas islas, y bañando costas plantadas de mirtos, palmeros y olivos, presenta al instante la idea de aquel mar donde nacieron Apolo, las Nereidas y Venus; mientras que el Oceano, abandonado á las tempestades y circundado de tierras desconocidas, debía ser la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de aquellos pueblos cristianos que dan una idea tan majestuosa de la grandeza y de la omnipotencia de Dios.

Hácia el mediodía del 2 se volvió el viento favorable; pero las nubes que se iban agrupando hácia el Poniente, nos presagiaban una tempestad; y con efecto, oímos los primeros truenos hácia la costa de Croacia. A las tres se recogieron las velas y se colgó una lamparilla en la cámara del capitán, delante de una imágen de Nuestra Señora. Ya he observado en otra parte la hermosura de un culto que confía el imperio de los mares á una débil mujer. Los marineros podrán tal vez convertirse en tierra en incredulos, como otros; pero los peligros desconciertan á la sabiduría humana: el hombre busca entonees el refugio de la religion, pues en medio de las tempestades, mas le tranquiliza la lámpara encendida delante de la Virgen, que las ideas de su sutil filosofía.

A las siete de la noche la tempestad estaba en su mayor bravura, y entre los truenos y los torrentes de lluvia, nuestro capitán austriaco comenzó á rogar con nosotros por el emperador Francisco II, por nosotros mismos y por los marineros *sepolti in questo sacro mare.* Los marinos en pié y descubiertos unos, y arrodillados otros sobre los cañones, respondían al capitán.

Siguió la tempestad parte de la noche. Estaban recogidas todas las velas, y las gentes de la tripulación se habían

retirado, quedando yo casi solo al lado del marinero que tenía la caña del timon. De este modo habia pasado noches enteras en mares mas borrascosos; pero entonces era jóven y me placia el ruido de las olas, la soledad del Océano, la vista de los escollos y el silbido de los vientos, convirtiendo en placeres los peligros. He advertido en este último viaje que las cosas han mudado de aspecto para mí: ahora conozco la mezquindad de todas las ilusiones de nuestra primera juventud; y sin embargo, es tal la inconsecuencia humana, que aun recorria los mares, aun me abandonaba á la esperanza e iba en pos de imágenes y colores para adornar pinturas que acaso me ofrecian en cambio penas y persecuciones.¹ Paseaba por la cubierta, y de cuando en cuando escribia algunas de mis observaciones á la luz de la lámpara que alumbraba la brújula del timonero, el cual me miraba con admiracion, persuadido tal vez de que era yo algun oficial de marina francés, ocupado como él en estudiar el rumbo del buque; y no sabia que mi brújula no era tan segura como la suya, y que hallaria el puerto mas fácilmente que yo.

Al dia siguiente, 3 de Agosto, se fijó el viento al Noroeste, y pasamos con rapidez por delante de las islas de Pommo y Pelagosa. Dejamos á la izquierda las últimas islas de la Dalmacia, y descubrimos á la derecha el monte Sant-Angelo, antes el monte Gárgano, que cubre la Manfredonia, cerca de las ruinas de Siponto, sobre las costas de Italia.

El dia 4 nos sobrevino calma; pero habiendo vuelto á levantarse el viento al ponerse el sol, seguimos nuestro ca-

¹ En mis notas originales se halla esta frase tal como la reproduzco aquí: he creído oportuno no retocarla, sin embargo de que parece escrita despues.

mino. A las dos estaba la noche apacible, y entonces oí á un grumete cantar el principio del canto sétimo de la *Jerusalen*:

Intanto Erminia infra l'ombrose piante, etc.

La música era una especie de recitado muy subido en la entonacion, bajando á las notas mas graves al concluir el verso. Placíame sobremanera este cuadro de la felicidad campestre recordado por un marinero en medio del mar. Los antiguos, que en todo han sido nuestros maestros, conocian estos contrastes en las costumbres. Teócrito pone á veces á sus pastores en las orillas del mar, y Virgilio se complace en oponer el descanso del labrador á la vida fatigosa del marinero.

Invitat genialis hyems, curasque resolvit:
Ceum pressæ cum jam portum tetigere carinæ
Puppibus et læti mautæ imposuere coronas.

El 5 arreció bastante el viento, y nos trajo un pájaro de color ceniciento, muy semejante á la alondra. Ampáramosle, porque generalmente agrada mucho á los marineros cuanto está en oposicion con su vida agitada, y así, gustan de lo que les recuerda la de los campos, como el ladrido de los perros, el canto del gallo, y el paso de las aves terrestres. A las once de la mañana del mismo dia nos hallamos á las puertas del Adriático, esto es, entre el cabo de Otranto, en Italia, y el de Linguetta en Albania.

Hallábame así en las fronteras de la antigüedad griega y en los confines de la antigüedad latina. Pitágoras, Alcibiades, Scipion, César, Pompeyo, Ciceron, Augusto, Hora-

cio y Virgilio, surcaron aquellos mares. Y todos estos personajes célebres, ¡cuán diversas fortunas abandonaron á la inconstancia de aquellas mismas olas! Y yo, desconocido viajero, siguiendo el rumbo mismo de los bajeles que condujeron á los grandes hombres de Grecia y de Italia, iba á buscar las musas en su patria, pero ni yo era Virgilio, ni los dioses habitan ya el Olimpo.

Nos dirigimos hácia la isla de Fano, que con el escollo de Merler lleva en algunos mapas antiguos el nombre de *Othonos* ó de *Calipso*. D'Anville parece indicarla bajo este nombre, y Mr. Lechevalier, fundado sin duda en la autoridad de este geógrafo, coloca en Fano el retiro donde Ulises lloró tanto tiempo por su patria. Observa Procopio que se hace probable la relacion de Homero, si se admite por la isla de Calipso una de las muchas que rodean á Corfú; porque en efecto hubiera bastado en este caso una lancha para pasar de esta isla á la de Scheria (Corcira ó Corfú); mas esta suposicion tiene muchas dificultades, pues Ulises partió con viento favorable, y despues de diez y ocho dias de navegacion, descubrió las tierras de Scheria, que se elevan sobre las olas á manera de un escudo.

Ahora bien: si Fano es la misma isla de Calipso, estando esta isla inmediata á la Scheria, lejos de contar diez y ocho dias de navegacion hasta descubrir las costas de Corfú, Ulises debió distinguirlas desde el mismo bosque donde se construia su navo. Poco ilustran este punto Plinio, Tolomeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rávena; pero se puede consultar á Wood y otros modernos, los cuales, hablando de la geografía de Homero, convienen con Estrabon en que la isla de Calipso se halla en el mar de Malta, sobre las costas de Africa.

Por lo demás, convengo de buena voluntad en que Fano

sea la isla encantada de Calipso, aunque yo no descubrí en ella mas que peladas y blanquecinas rocas, plantaré, si se quiere, con Homero, "un bosque abrasado por los fuegos del sol, pinos y olmos llenos de nidos de cornejas marinas;" ó hallaré con Fenelon bosques de naranjos, y "montañas cuya caprichosa figura forma el horizonte mas hermoso y grato á la vista." ¡Ah, desgraciado del que no vea la naturaleza con los ojos de Fenelon y de Homero!

Al anochecer decayó el aire, se calmó el mar y el buque quedó inmóvil. Con sumo gozo contemplaba yo por primera vez la puesta del sol, y la primera noche en el brillante cielo de Grecia. Teniamos á la izquierda la isla de Fano y la de Corcira, que se prolongaba hácia el Oriente; por encima de ellas las elevadas tierras del continente de Epiro; los montes Acroceraunios, que ya habiamos pasado, formaban al Norte y á nuestra espalda un círculo que se terminaba á la entrada del Adriático; á nuestra derecha, esto es, al Occidente, se iba ya ocultando el sol mas allá de las costas de Otranto; y á nuestro frente se estendia el mar inmenso hasta las costas de Africa.

No eran muy vivos los colores del cielo hácia el Poniente: declinaba el sol entre los velos de las nubes, que sonrosaba con sus rayos, y al perderse en el horizonte, le sucedió un crepúsculo de media hora: durante este tiempo el cielo era blanco al Poniente, de azul caido al zenit, y de perla oscuro al Levante. Las estrellas fueron rompiendo poco á poco por aquella hermosa y variada bóveda: parecian pequeñas y poco refulgentes, pero su luz era de oro, y de un resplandor tan suave, cual no podré pintar. Los horizontes del mar, cubiertos con un ligero vaporcillo, se confundian con los del cielo. Al pié de la isla de Fano ó de Calipso, se descubria una hoguera encendida por los pesca-

dores, y á poco que yo me hubiese dejado llevar por la imaginacion, hubiera podido ver á las ninfas quemando el baje de Telémaco; y tambien hubiera visto á Nausicaa jugar con sus compañeras, ó á Andrómaca llorando en las orillas del falso Simois, pues que distinguia á lo lejos y entre las sombras los montes de Scheria y de Butroto.¹

Prodigiosa veterum mendacia vatum.

Los climas influyen mas ó menos en el diferente gusto de los pueblos: en Grecia, por ejemplo, todo es suave, tierno y sosegado en la naturaleza y en los escritos de los antiguos. Así pues, cuando se ha visto el cielo sereno y puro, y los graciosos paisajes de Atenas, de Corinto y de Jonia, fácilmente se comprende por qué la arquitectura del Parthenon tiene tan escelentes proporciones, y por qué la escultura antigua es tan sencilla, tan natural y de tan fácil ejecucion. En la patria de las musas, la misma naturaleza aleja del error y hace amar las proporciones y la armonía.

Siguió la calma el dia 6, y pude considerar á mi placer á Corfú, llamada tambien antiguamente *Drépanum*, *Maccra*, *Scheria*, *Corcira*, *Cassiopea*, *Efiso*, *Ceraunia*, y tambien *Argos*. Allí fué donde aportó Ulises despues de su naufragio, y ¡ojalá que la morada de Alcino no hubiera sido famosa mas que entre las ficciones de la desgracia! Acordéme á pesar mio de las guerras civiles de Corcira, pintadas con tanta elocuencia por Tucídides; y al pintar Homero los jardines de Alcino, parece que haya dado un aspec-

¹ Veáanse en los *Mártires*, libros I y XI, las descripciones de estas noches.

to poético y maravilloso á la suerte de Scheria. Aristóteles vino á expiar, desterrado aquí, los errores de una pasion que no siempre vence la filosofía; tambien estuvo en esta isla Alejandro, siendo todavía jóven, y reinando su padre Filipo: Corcira fué la primera que vió el paso de este viajero armado, que debia visitar así todos los pueblos de la tierra. Muchos ciudadanos de Corcira alcanzaron coronas en los juegos olímpicos; y los versos de Simónides y las estatuas de Policeto inmortalizaron sus nombres. Fiel á su doble destino la isla de los feacios, continuó siendo en tiempo de los romanos el teatro de la gloria y de la desgracia. Despues de la batalla de Farsalia, Caton encontró en Corcira á Ciceron. ¡Qué asunto tan magnífico para un buen cuadro el encuentro de estos dos romanos! ¡qué hombres! ¡qué dolor! ¡qué golpe de fortuna! Veríase á Caton queriendo ceder á Ciceron, porque habia sido cónsul, el mando de las últimas legiones republicanas; y separáronse luego, uno para ir á rasgarse en Utica las entrañas, y el otro para entregar su cabeza á los triunviros. Poco tiempo despues, Antonio y Octavia celebraron en Corcira aquel fatal himeneo que tantas lágrimas costó al mundo; y habia pasado apenas medio siglo, cuando Agripina vino á este mismo sitio á celebrar los funerales de Germánico; como si esta isla debiese presentar á dos historiadores rivales en talento, y en dos lenguas tambien rivales,¹ el asunto mas brillante de sus cuadros.

Otro orden de cosas y de sucesos, de hombres y de costumbres, hace se repita con frecuencia el nombre de *Corcira* (entonces Corfú) en la Bizantina, en la historia de Nápoles y de Venecia y en la coleccion: *Gesta Dei per francos*.

¹ Tucídides y Tácito.